



Capítulo 4 Diferencias irreconciliables¹

*¡Hacia ti bogo, ballena omnidestructora, pero invencible! ¡Al fin
lucho contigo! ¡Desde el corazón del infierno te hiero! ¡Por odio te
escupo mi último aliento!*

– Capitán Ahab (*Moby Dick*, 1851)
Herman Melville

Odio perfecto

La literatura arde en el fuego lento del odio: Shylock sufre por su libra de carne en *El mercader de Venecia*. Javert persigue a Jean Valjean por dos mil seiscientas páginas en *Los Miserables*. Weston, el archivillano de C. S. Lewis degenera de facineroso en *Out of the Silent Planet* a “sub-humano” en *Perelandra*, rasgando la espalda de las ranas con la uña del dedo pulgar y dejándolas morir. Pero el odio que esos personajes sienten no puede ser comparado con el del Capitán Ahab en *Moby Dick*. Ahab persigue a la Ballena Blanca por los océanos del mundo. Él no vacila ni por un momento en arriesgar su barco y las vidas que lleva, si tan sólo pudiera empujar su arpón dentro de ese ojo terrible.

Moby Dick es un retrato de nuestra batalla salvaje: digamos que la Ballena Blanca representa a Dios – pero no te apresures en hacer del Capitán la carne. Ahab es el *enemigo* de la ballena, pero Pablo dice que la carne es más que un enemigo de Dios: ella es *enemistad*, hostilidad, el propio odio.

Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden² (Romanos 8:7).

Si la ballena es Dios y el odio de Ahab es la carne, entonces ¿quién es el Capitán Ahab?
Eres tú.

Paz imposible

Dos enemigos, no importa cuán profundo sea el río de sus amarguras, pueden hacer las paces, pero solo si la hostilidad entre ellos fuere destruida. Es imposible hacer las paces con la propia hostilidad. Así, cuando Pablo identifica la carne con la enemistad y el odio hacia Dios,

¹ Traducido de *O mal que habita en mí* (K. Lundgaard, 2004).

² Muchas traducciones interpretan el sentido de Romanos 8:7 como “...la mentalidad pecaminosa es *enemiga* de Dios” (NVI). La lectura más estricta de *King James Version* (KJV) y *New King James Version* (NKJV) – *enmity* (*enemistad*) – preserva el matiz que es la característica de ese capítulo.



Primera Iglesia Presbiteriana de Santiago – EBD Clase Adultos
Estudio: El poder y la derrota del pecado
Tema: Diferencias irreconciliables (Semana 4)

elimina cualquier esperanza de que la carne se incline hacia Dios o haga amistad con él. Un acuerdo entre Dios y la carne es imposible.

En Romanos 5:10 Pablo dice que éramos enemigos de Dios – todos éramos el Capitán Ahab. Cristo es el pacificador en el evangelio, que usó su muerte para matar la enemistad que había entre nosotros y Dios.³ Nuestro “viejo hombre” (la carne) fue crucificado con Cristo (Romanos 6:6), dejándolo sin poder para gobernarnos y esclavizarnos, y sin poder producir en nosotros el fruto de la muerte eterna. Cuando Jesús aparezca nuevamente, aniquilará la carne para siempre. Esa es la única manera de tratar con la enemistad con Dios: destruyéndola.

Pero toda gota de veneno, es veneno; toda chispa es fuego; y el último pedazo de carne que permanece en el creyente continúa siendo enemistad. Cuando la gracia de Dios transforma nuestra naturaleza, ella no transforma la naturaleza de la carne. Ella la conquista, la debilita y la hiere mortalmente, de manera que no somos más el capitán Ahab por naturaleza; sin embargo, su desafiante malignidad permanece latente en nuestra carne. En la época en que Pablo escribió la carta a los Romanos, él era la imagen del cristiano tanto como alguien de este lado del cielo puede ser, y ciertamente pasó sus días mortificando su carne. Aun así, clamaba para ser liberado de ese enemigo irreconciliable.

¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Romanos 7:24)

Gimiendo por el cielo

Dios es amor. Su naturaleza es de una belleza y amabilidad inmaculadas. Él es de una excelencia eterna, y debe ser amado por encima de toda criatura. El derramó sobre nosotros su belleza y su amor en su Hijo, haciéndonos nuevas personas en él, llenándonos de esperanzas y expectativas de que un día habitaremos en su casa, en el salón del trono de amor. Pero los restos de la carne nos dejan en una situación de angustia. Contra ese Dios cargamos dentro de nosotros una enemistad que no puede ser apaciguada.

Este es el poder desgastante del pecado en el creyente: no acepta un cese al fuego, mucho menos un tratado de paz. Por lo tanto, ¿cómo podemos esperar cualquier descanso de la carne si no es matándola? ¿Cómo podremos tener esperanza de librarnos completamente de ella si no es en el cielo?

Un ejército invasor a veces puede ser persuadido a bajar sus armas cuando se le da lo que quiere: una porción de tierra o la promesa de pago de un tributo. Algunas personas piensan que pueden aquietar la furia de la carne de la misma manera. Así ellas procuran maneras de gratificar los deseos de la carne (Romanos 13:14). Eso es apagar el fuego con gasolina. El pecado no aplacará la carne, ¡la atizará!

³ En Efesios 2:14-26 Cristo coloca nuevamente a dos enemigos juntos, judíos y gentiles, al destruir la enemistad que había entre ellos.



Primera Iglesia Presbiteriana de Santiago – EBD Clase Adultos
Estudio: El poder y la derrota del pecado
Tema: Diferencias irreconciliables (Semana 4)

Enemigo suficiente

Tú no vas a conseguir ser campeón mundial de los pesos pesados luchando quince asaltos contra Woody Allen. Para ser el mejor, tienes que derrotar al actual campeón de la categoría. La carne escogió bien un enemigo: ella es “enemistad contra *Dios*”. Algunas veces pensamos sobre la carne como *nuestro* enemigo; pero ella nos odia solamente porque Dios está en nosotros: “El deseo de la carne es contra el Espíritu” en nosotros (Gálatas 5:17).

Qué es más fácil: ¿sentarse con un paquete de cabritas a la mantequilla y ver a Tom Cruise en el cine por dos horas, o cerrar los ojos y orar por cinco minutos? Tom Cruise vence con mayor facilidad, porque literalmente no tiene competencia. Lo que la carne odia es Dios, entonces se resiste a cualquier cosa que te acerque a Dios – especialmente la comunión con él. La carne puede acomodarse a tu lado a ver películas sin contenido por una noche entera. Pero deja que el más mínimo pensamiento sobre meditación pase por tu mente, y la carne acciona la Alerta Roja. Antes que pases de “Padre Nuestro”, tus ojos, que estaban pegados a la pantalla, se cierran llenos de somnolencia, y tu atención, que estaba tan atrapada en la trama, se mueve alrededor del universo más rápido que la nave espacial Enterprise.

El odio de la carne a Dios puede explicarse. Piensa en el culto. En su esencia el culto es alta comunión con Dios, entonces la carne debería encogerse a la puerta del templo. Pero, ¿si una persona quiere desempeñar las formas exteriores del culto sin aproximarse a Dios en su corazón? Puede querer desempeñar sus obligaciones en el culto como un fariseo que quiere acumular puntos con Dios. O le puede gustar la música en la iglesia por su melodía y ritmo (*swing*). O tal vez por el solo hecho de estar en el edificio de la iglesia, se siente segura. ¿Será que la carne va a levantar un dedo para excomulgar a este tipo de adorador?

Puedes sentir la enemistad de la carne siempre que te aproximas a Dios – ella transforma el amor real por él en un trabajo: Buscar en la Biblia para encontrar una nueva interpretación interesante para impresionar a tu grupo pequeño es como navegar por el Mar Caribe, pero estudiar minuciosamente las Escrituras para descubrir al Amante de tu alma es como saltar *sobre* el Monte Everest. Evocar un humor alegre con alguna música cuya letra ni conoces es lo mismo que hacer una suma de $2 + 2$ con una calculadora. Pero saborear la gloria de Cristo y su tierno amor hasta que tu corazón se apasione por él, es como usar cálculo mental para calcular Pi a la milésima potencia. Y dar un regalo de cumpleaños para tu mejor amigo es como comerse algunos bombones de chocolate con almendras. Pero dar tu habitación de alojados a una persona sin hogar en el nombre de Jesús es como comer las Montañas Rocallosas en el desayuno.⁴

⁴ No estoy en contra de procurar nuevas perspectivas en las Escrituras, oír música para divertirse o dar regalos a los amigos. La cuestión es que cuánto más espiritual es alguna cosa, cuánto más probabilidad de llevarnos a una comunión más estrecha con Dios, tanto más tenazmente la carne le resistirá.



Primera Iglesia Presbiteriana de Santiago – EBD Clase Adultos
Estudio: El poder y la derrota del pecado
Tema: Diferencias irreconciliables (Semana 4)

Odio todo de ti

Una pareja al borde del divorcio tiene la esperanza de poder encontrar un punto en común. Si a ambos les gusta la pesca en hielo, por ejemplo, un fin de semana en un lago congelado puede ser un lugar tranquilo en medio de su tormenta doméstica. Ellos pueden hasta redescubrir su espíritu de equipo al sacar del agua un pez de metro y medio.

Si hubiese la menor cosa sobre Dios que la carne pudiese apreciar, el creyente podría tener un constante abrigo o refugio del pecado y su odio. Si a la carne le fuera indiferente la sabiduría de Dios, por ejemplo, el alma podría meditar en el misterio del evangelio de día y de noche sin cansarse, y encontrar fuerza constante en el plan de Dios para la salvación. Pero la carne odia todo lo que se refiere a Dios. Una vez que se resiste a todo sobre Dios, la carne se resiste a cualquier cosa que intentemos para probarlo, conocerlo y amarlo. Y cuando más alguna cosa nos capacita para encontrar a Dios y mostrar nuestra alegría, más violentamente la carne lucha contra eso.

La carne lleva la batalla a cada rincón del alma: cuando la mente quiere conocer a Dios, la carne impone la ignorancia, la oscuridad, el error o los pensamientos triviales. La voluntad no se puede mover en la dirección de Dios sin sentir el peso de la obstinación a desviarla. En los afectos, queriendo anhelar a Dios, estamos constantemente luchando contra la infección de la sensualidad o la enfermedad de la indiferencia.

Nuestra maldición del capitán

El Capitán Ahab fue llevado por su furia a perseguir la ballena hasta el fin. La carne es llevada exactamente de la misma manera, e irá, con su último suspiro, a insultar a Dios. Pero existe en nosotros un Guerrero que está comprometido de ese mismo modo con la destrucción de la carne. El Espíritu batalla contra la carne (Gálatas 5:17). Llenos del Espíritu, llenos del poder del amor de Dios por nosotros y nuestro amor por él, nos volvemos contra la carne con nuestra propia maldición del Capitán:

¡Hacia ti bogo, ballena omnidestructora, pero
invencible! ¡Al fin lucho contigo! ¡Desde el
corazón del infierno te hiero! ¡Por odio te
escupo mi último aliento!